

colección de estudios internacionales

número 9, año 2011

bilduma

collection of

nazioarteko ikasketen

international studies

JOSÉ ABU-TARBUSH

Cambio político en el mundo árabe



ceinik

Colección de Estudios Internacionales

Edita:

Cátedra de Estudios Internacionales/Nazioarteko Ikasketen Katedra

Consejo Académico:

Celestino del Arenal Moyúa
José Ramón Bengoetxea Caballero
José Luis de Castro Ruano
Noé Cornago Prieto
Felipe Gómez Isa
Michael Keating
José Antonio Mendizabal Etxabe

Director Académico:

Kepa Sodupe Corcuera

Director de Edición:

Aingeru Genaut Arratibel

Secretaría Técnica:

Juan Luis de la Cruz Ramos
Leire Moure Peñín
Juan José Gutiérrez Cuesta

Dirección:

Cátedra de Estudios Internacionales/Nazioarteko Ikasketen Katedra
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea
Edificio Biblioteca, 5ª planta,
Apdo.1397. C.P. 48080, Bilbao, Bizkaia

Teléfono: 0034 946015278

E-mail: ceinik@ehu.es

Web: www.ehu.es/ceinik

COLECCIÓN DE
ESTUDIOS INTERNACIONALES

JOSÉ ABU-TARBUSH

**Cambio político
en el mundo árabe**



© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

ISSN: 2253-7953

ISBN: 978-84-9860-653-9

ÍNDICE

Introducción	1
Desencadenante y concatenación de las revueltas árabes	2
Causas estructurales del descontento político y socioeconómico	5
Elementos facilitadores de las revueltas: las telecomunicaciones	11
La participación social	15
El alcance del cambio político: ¿revoluciones o revueltas?	26
El rol del Ejército: ¿revueltas o golpes de Estado encubiertos?	28
Las relaciones cívico-militares	32
A modo de conclusión: ¿hacia dónde se dirige el mundo árabe?	35
Bibliografía	41

JOSÉ ABU-TARBUSH

Cambio político en el mundo árabe*

1. Introducción

La oleada de protestas que recorre el mundo árabe desde hace algo más de un año responde a un inicial efecto de contagio de la revuelta tunecina (diciembre-enero de 2011), que actuó como detonante de las sucesivas movilizaciones colectivas. Sin embargo, esta concatenación de las revueltas políticas en la mayoría de los países del Magreb, Oriente Próximo y, parcialmente, del Golfo encuentra su mejor explicación en las causas estructurales compartidas por los Estados y sociedades árabes. No obstante, lejos de una aparente y engañosa uniformidad, la región árabe se caracteriza por su extraordinaria heterogeneidad. De ahí que las protestas, a semejanza de otras manifestaciones, registren un diferente ritmo, eco, fuerza y resistencias. Un análisis de sus causas profundas, de su naturaleza sociopolítica y de sus principales protagonistas, así como del alcance de los cambios propiciados, permite esbozar un nuevo mapa regional, muy volátil y cambiante. En el emergente panorama árabe se advierten algunos importantes avances, no exentos de serias limitaciones y nuevos desafíos, de distinta índole y procedencia. Inexorablemente, este proceso de cambio marcará durante las próximas déca-

* Una primera versión de este texto fue presentada en el X Congreso Español de Ciencia Política y de la Administración (AECPA), celebrado en Murcia entre el 7 y el 9 de septiembre de 2011. Ponencia inscrita en el proyecto de investigación I+D del MICINN: "Sociedad civil y contestación política en Oriente Medio: dinámicas internas y estrategias externas" (CSO2009-11729), dirigido por Ignacio Álvarez-Ossorio. Por último, quisiera dejar constancia de mi agradecimiento a las observaciones realizadas por mis compañeros Jorge Rodríguez Guerra (Universidad de La Laguna) e Isaías Barreñada Bajo (Universidad Complutense de Madrid).

das el orden político —interno y externo— de la región. Una vez rebasado el umbral del miedo, la situación se ha vuelto irreversible en lo que, sin duda alguna, es un nuevo ciclo político en la historia poscolonial árabe.

2. Desencadenante y concatenación de las revueltas árabes

En el otoño de 2010 tenía lugar una insólita movilización a las afueras de El Aaiún, donde los saharauis habían establecido el campamento de *Gdeim Izik*, que finalmente sería asaltado y desmantelado. Considerado, por su particular forma de protesta, como un preámbulo de la *primavera árabe*, ésta no se desencadenaría hasta el agravio sufrido por un vendedor ambulante en Túnez, que se quemó a lo bonzo después de ser humillado públicamente. La sucesión de manifestaciones en el país magrebí se mantuvo a lo largo de varias semanas. La situación se volvió insostenible. Ante la retirada del apoyo del Ejército a sus pretensiones represivas, Ben Ali abandonó el país concluyendo así su largo mandato desde 1987.

Desde otros rincones del mundo árabe se reprodujeron escenas en las que algunos ciudadanos pretendían emular al joven Muhammad Bouazizi, autoinmolándose. Sin embargo, no era necesaria ninguna inmolación más para provocar una nueva revuelta, ésta había iniciado su propio curso. El ejemplo tunecino actuó de revulsivo. Algo inimaginable hasta entonces había sucedido, el descabezamiento de un régimen autocrático árabe mediante la presión popular (y, no menos importante, el consentimiento del Ejército). Las movilizaciones continuaron incluso semanas después para exigir un verdadero cambio político, que no se limitara meramente a limpiar la fachada del régimen. En este ambiente, trágico y festivo a un mismo tiempo, las manifestaciones públicas de protesta se extendieron a otras sociedades de su entorno —Egipto, Bahréin, Libia, Yemen, Omán,

Siria, Jordania y Marruecos—, con ecos puntuales en otras capitales árabes. De pronto, se había rebasado el umbral del miedo. No había vuelta atrás. La barrera del terror físico y psicológico, impuesta por sus Estados represivos y policiales durante décadas, había sido finalmente franqueada. Su omnipresente *mukhabarat* (servicios secretos) parecía haber sido desterrado de la psique colectiva, liberando a sus hombres y mujeres de la parálisis sociopolítica a la que estaban sometidos hasta entonces.

La caída de Ben Ali primero y de Mubarak después suscitó el temido *efecto dominó* en el subsistema regional árabe. Pese a los deseos de unos y los temores de otros, no se produjo una caída en cadena de los regímenes dictatoriales a semejanza de los del bloque soviético, dado que no existía un *sistema árabe* similar. Nuevamente, la historia mostraba que no era lineal. Del mismo modo que los contendientes aprendían de sus respectivas experiencias, las autocracias tomaban nota para impedir la caída de la siguiente que amenazaba con arrastrarles. El rey Abdallah de Arabia Saudí ofreció a Egipto el monto equivalente a la ayuda anual que recibía de Estados Unidos si éste se la retiraba. A su vez, Argelia y Siria apoyaron la ofensiva militar del régimen libio contra su insurgencia. Paralelamente, fuerzas de Arabia Saudí y de los Emiratos Árabes Unidos entraron en Bahrein para reprimir a los manifestantes. Pero nada evitó el efecto de contagio sociopolítico que se extendía por toda la región.

Más que un *efecto dominó* o *bola de nieve*, se produjo un indudable *efecto de contagio* o *concatenación* de los levantamientos. Existe una diferencia fundamental en el empleo de ambos conceptos. El *efecto* o *teoría del dominó* vio generalizado su uso durante la Guerra Fría ante el temor estadounidense de ver caer en el comunismo a un régimen aliado tras otro en el empobrecido sudeste asiático, donde había triunfado la segunda revolución socialista de la historia contemporánea, la revolución china, en 1949. En este contexto

de posguerra, al que se sumó la guerra de Corea (1950-1953), la implicación de Washington en el conflicto de Vietnam se justificó con el objetivo de frenar el temido *efecto dominó*, que teóricamente desencadenaría una reacción en cadena de corte lineal. De manera que la caída de la primera ficha (China) derribaría a las otras fichas colocadas en fila (sociedades y Estados del sudeste asiático que compartían similitudes con la China prerrevolucionaria)¹.

Por su parte, el *efecto de contagio* tiene un origen más socioeconómico. Un ejemplo muy recurrido es el de una crisis que termina contagiándose de una región a otra. Se emplea también en psicología social y en sociología para explicar algunos comportamientos colectivos como, entre otros, el pánico y los estallidos hostiles que ocurren en secuencias². Un mayor refinamiento teórico procede del conjunto de perspectivas sobre la acción colectiva que, apoyadas en la teoría microeconómica, buscan explicar el comportamiento político³. Por lo general, el *efecto dominó* suele aplicarse a los Estados o a sus sistemas políticos; y el *efecto de contagio* tiende a referirse más a sus sociedades.

Perry Anderson considera que esta “concatenación de levantamientos políticos” es un acontecimiento “poco común” en la historia. De hecho, su precedente remite sólo a tres casos: “las guerras hispanoamericanas de liberación” (1810-1925); “las revoluciones europeas” (1848-1849); y “la caída de los regímenes del bloque soviético” (1989-1991). Su duración fue superior a dos años en los casos citados y sólo dos tuvieron éxito, aunque su triun-

1 C. W. Kegley, Jr. y E. R. Wittkopf, *World Politics: Trend and Transformation*, Boston, Bedford/St. Martin's, 2001 (8ª ed.), p. 102.

dríguez Guerra (Universidad de La Laguna) e Isaías Barreñada Bajo (Universidad Complutense de Madrid).

2 N. J. Smelser, *Teoría del comportamiento colectivo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

3 M. Olson, *The logic of collective action*, Harvard, Cambridge University Press, 1971 (2ª ed.).

fo no colmó las expectativas de los insurgentes⁴. Desde una perspectiva generacional, cabe apuntar que el denominado Mayo del 68 recogió una oleada de protestas que, protagonizada por jóvenes de diferentes continentes y contextos, reflejó también esa concatenación de la contestación política.

A pesar de estos importantes precedentes, no resulta sencillo explicar cómo se vertebraron las movilizaciones colectivas de la ciudadanía árabe en espacios nacionales tan diferenciados y separados por sus respectivas fronteras estatales. Aducir el efecto de contagio resulta insuficiente si a continuación no se advierte el hilo conductor de su transmisión. Sus sociedades y Estados guardan notables diferencias, aunque también importantes similitudes. Unas explicarían las particularidades de cada caso y otras las tendencias transnacionales (o, si se quiere, panárabes). A decir de Eugene Rogan, los árabes “son a un tiempo un pueblo y muchos pueblos”⁵. Además de compartir una identidad común, asentada en su lengua e historia, las últimas décadas —desde su independencia— son cruciales para comprender sus actuales revueltas políticas. No obstante, conviene separar las causas profundas (o estructurales) de las protestas del mencionado incidente desencadenante o precipitante (chispa o estallido de las revueltas) y, en particular, de los factores facilitadores o transmisores de las acciones de protestas (nuevas tecnologías de la información y la comunicación).

3. Causas estructurales del descontento político y socioeconómico

Un cúmulo de causas políticas, económicas y sociales, de índole estructural, se vienen acumulando en el mundo árabe desde hace décadas; y

⁴ P. Anderson, “Sobre la concatenación en el mundo árabe”, *New Left Review*, n.º 68, 2011, pp. 5-14.

⁵ E. Rogan, *Los árabes. Del Imperio otomano a la actualidad*, Barcelona, Crítica, 2010 (1ª ed.).

posee la suficiente entidad argumental para explicar el descontento sociopolítico y la frustración socioeconómica reinantes en la región. De manera que a la pregunta de ¿por qué ahora?, se podría responder con otro interrogante: y ¿por qué no antes? Dicho de otro modo, ha podido sorprender el momento e incluso las formas, pero a nadie puede asombrar sus razones. Existe una abundante literatura sobre ese malestar que concentra sus causas en la esfera política, económica, social y, no menos importante, en la situación de subordinación de la región en el sistema internacional.

Su *espacio político* tiene como denominador común el cierre hermético a toda participación. Por consiguiente, excluye al conjunto de su ciudadanía del sistema político, de su supervisión y de la posibilidad de alternancia en el poder. Sus regímenes se caracterizan por el autoritarismo, ya sea en su vertiente presidencial o monárquica. Son Estados pretorianos, policiales y represivos. Lejos de ser “fuertes” son, ante todo, “duros”. Como señala Nazih N. Ayubi: “A pesar de que poseen grandes burocracias, ejércitos poderosos y duras cárceles, se muestran lamentablemente débiles cuando llega el momento de recaudar impuestos, ganar guerras o forjar un bloque de poder realmente ‘hegemónico’ o una ideología capaz de elevar al Estado —superando el nivel coercitivo y ‘corporativo’— a una esfera moral e intelectual”⁶. Sumido desde hace tiempo en una profunda “crisis de legitimidad”⁷, que prolongó su supervivencia sin alterar sus “estructuras de poder”⁸, todo parece indicar que el orden del Estado árabe poscolonial ha caducado definitivamente.

Sus clases dirigentes sostienen una concepción y práctica neopatrimonialista del país y sus recursos. No es exagerado considerar que dichas cla-

⁶ N. N. Ayubi, *Política y sociedad en Oriente Próximo. La hipertrofia del estado árabe*, Barcelona, Bellaterra, 2000, p.11.

⁷ G. Martín Muñoz, *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Barcelona, Bellaterra, 1999.

⁸ F. Izquierdo Brichs (ed.), *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*, Barcelona, CIDOB, 2009.

ses son el Estado o, viceversa, que el Estado se reduce a su elite en el poder. Situación ilustrada por las denominadas petromonarquías del golfo Pérsico, de familias con fachada estatal o con posesión y manejo de un Estado como si de una propiedad privada se tratara. El caso más paradigmático es Arabia Saudí que lleva el nombre de la familia gobernante, al-Saud⁹. Semejante práctica no se reduce sólo a las monarquías, también se extiende a las repúblicas, de original bagaje nacionalista y tintes socializantes. Sus dirigentes comparten presupuestos neopatrimonialistas similares. Ante el desafío antiautoritario lanzado por su sociedad, Gadafi reclamó su condición de padre de la patria: él había construido Libia. De modo semejante, la revuelta popular en Siria ha evidenciado que el núcleo duro del poder (político-militar y económico) se concentra en torno a la familia gobernante¹⁰. La sucesión familiar en el poder en las repúblicas árabes ha terminado acuñando la denominación de “República hereditaria” o *Yumrukiya*, fruto de unir las palabras república (*yumhuriya*) y monarquía (*malakiya*).

En la *esfera socioeconómica* destaca su carácter desigual, tanto en el espacio interestatal como en el intraestatal. Una serie de Estados poseen ingentes recursos naturales y otros carecen de riquezas semejantes o significativas que permitan su viabilidad económica. Con más del 60% de las reservas comprobadas de petróleo y el 35% de las de gas, los Estados poseedores de estos importantes recursos energéticos viven literalmente de las “rentas”. Son los denominados Estados rentistas. Sus efectos perniciosos son conocidos, alcanzan tanto a su sistema político (sin recaudación fiscal ni tampoco representación política) como al productivo (con escasa o nula diversificación e innovación). La distribución desigual de la riqueza no se limita al espacio interregional, también se reproduce en el ambi-

⁹ Véase P. Ménoret, *Arabia Saudí: el reino de las ficciones*, Barcelona, Bellaterra, 2004.

¹⁰ Véase Casa Árabe-IEAM, “Siria: el régimen ante el desafío de la revolución”, *Atalaya sociopolítica de Casa Árabe*, n.º 15, 2011, pp. 1-5.

to interno. Si bien no todos los Estados de la región poseen recursos semejantes, su posesión no garantiza a su ciudadanía el acceso o disfrute derivado de sus riquezas naturales. Con una ligera variación en el caso de Argelia (con unos 35 millones de habitantes), la mayoría de los petro-Estados se caracterizan por combinar abundantes recursos energéticos con una escasa población, lo cual permite desarrollar una política económica paternalista: sufragar los gastos más básicos (educación y salud, principalmente) y propiciar servicios, empleos y bonificaciones mediante una importante red clientelar que, en suma, busca cooptar a sus ciudadanos (o, en rigor, a sus súbditos).

El panorama socioeconómico resulta más complejo y precario en aquellos Estados que carecen de recursos similares. Durante la Guerra Fría, algunos regímenes dependían del exterior por las “rentas geoestratégicas” de sus alianzas externas frente a la amenaza comunista. Esta pauta fue renovada durante la posguerra fría frente al desafío terrorista de corte *yihadista* (Yemen sería un claro ejemplo). Si bien la ayuda que percibían era insuficiente para garantizar unos mínimos de bienestar y seguridad (alimentaria, sanitaria y medioambiental) a sus respectivas poblaciones, no es menos cierto que su pésimo gobierno y prácticas corruptas sólo han contribuido a desviar dichas ayudas de sus objetivos originales (seguridad, principalmente) hacia cuentas e intereses particulares¹¹. Sin capacidad para desarrollar sus sistemas productivos, generar empleo y propiciar cierta prosperidad material, sus políticas económicas se caracterizan por la reproducción de la desigualdad, la injusticia social, la exclusión económica, la corrupción y, en definitiva, el desarrollo del subdesarrollo.

¹¹ A raíz de las revueltas árabes, Suiza desveló que sus dictadores poseían sustanciosas cuentas en sus bancos (Mubarak 320, Ben Ali 47 y Gadafi 281 millones de euros). Véase “Suiza revela las cuentas millonarias de los dictadores árabes”, El País, 3 de mayo de 2011, http://www.elpais.com/articulo/internacional/Suiza/reve-la/cuentas/multimillonarias/dictadores/arabes/elpepuint/20110503elpepuint_2/Tes, (mayo 2011).

En el *espacio social* se apunta el notable crecimiento demográfico registrado en el mundo árabe durante la segunda mitad del siglo XX, presentando actualmente una abultada población joven (dos tercios tiene menos de 30 años). Al mismo tiempo se observan los efectos de su transición demográfica. Precedida por una importante alfabetización, sus resultados se aprecian en la reducción de la fecundidad (de 7,5 hijos en 1975 a 3,7 hijos en 2005), la erosión de la endogamia, la transformación de las estructuras familiares tradicionales y, en especial, la alteración en las relaciones de autoridad¹². Una importancia capital ocupa el acceso de la mujer al espacio público mediante los estudios y la vida laboral. Allí donde su incorporación es más significativa, mayor impacto experimenta la actual transición demográfica¹³.

Su descontento y frustración social es notorio. Quizás quien mejor ha recogido ese malestar sea el periodista libanés Samir Kassir, asesinado en 2005, cuando afirmaba que no era recomendable ser árabe en la época actual y esbozaba un panorama “sombrio” en comparación con otras áreas del planeta. Con algunas excepciones en el África subsahariana, contrastaba que el mundo árabe no había conseguido los espacios de libertad de América Latina ni tampoco el despegue económico de Asia. Por el contrario, sus hombres y, más concretamente, sus mujeres carecían de perspectivas de futuro y oportunidades de realización personal y profesional¹⁴.

En esta misma línea, cabe recordar que —no por casualidad— una de las obras de ficción que mejor acogida de público ha tenido en los últimos años en el mundo árabe fuera la novela *El Edificio Yacobián* (2002), del egipcio Alaa Al Aswani¹⁵, en la que realiza un retrato sociopolítico y eco-

¹² Y. Courbage y E. Todd, *Encuentro de civilizaciones*, Madrid, Foca, 2009.

¹³ S. Bessis y G. Martín Muñoz (coords.), *Mujer y familia en las sociedades árabes actuales*, Barcelona, Bellaterra, 2010.

¹⁴ S. Kassir, *La desgracia de ser árabe*, Córdoba, Almuzara, 2006, p. 15.

¹⁵ A. Al Aswani, *El Edificio Yacobián*, Madrid, Maeva, 2007.

nómico de la sociedad egipcia, la más poblada y, en muchos aspectos, espejo del mundo árabe. La denuncia de su Estado dictatorial y policial, la corrupción, la desigualdad, la injusticia social, la humillación y degradación de sus ciudadanos y, en particular, de sus mujeres son los temas más recurrentes. Sin olvidar la válvula de escape que juega la religión, su uso y abuso político, además de su deriva radical y violenta.

Por último, no debe menospreciarse la *ubicación del mundo árabe en el sistema internacional*, donde ocupa una posición periférica y subordinada, objeto de las más flagrantes violaciones del Derecho internacional y de la aplicación del doble rasero en las relaciones internacionales¹⁶. Si bien una de las características que más se ha destacado de las revueltas es la ausencia de reivindicaciones o protestas de índole externa o internacional (con las que han estado más familiarizados los medios de comunicación y la opinión pública mundial durante las dos últimas décadas), no debería minusvalorarse el descontento acumulado a lo largo de los años; y, sobre todo, la identificación que tradicionalmente ha realizado la ciudadanía árabe de sus dirigentes como representantes locales de las potencias mundiales.

Como recoge Perry Anderson, además del autoritarismo, el otro rasgo que caracteriza a la región árabe es “su prolongada dominación por el sistema imperial estadounidense”. De ahí que considere “poco probable que el factor nacional se pueda mantener indefinidamente apartado del político y el social en la actual turbulencia”¹⁷. Y, en efecto, así ha sido. El mejor ejemplo que ilustra esa expresión nacionalista procede de Egipto, país que por su trayectoria y por ser epicentro del subsistema regional árabe

¹⁶ B. Khader, *El Mundo Árabe explicado a Europa. Historia, imaginario, cultura, política, economía, geopolítica*, Barcelona, Icaria & IEMed, 2010, pp. 143-159.

¹⁷ P. Anderson, “Sobre la concatenación...”, *op. cit.*, pp. 8 y 13.

es un barómetro social de la región. Desde la caída de Mubarak, el gasoducto que suministra gas a Israel ha sido objeto de repetidos sabotajes. A este clima de tensión se sumó, en julio de 2011, la muerte de cinco soldados egipcios causada por las fuerzas israelíes. Ante la ausencia de toda petición de perdón por parte de Israel, se generó una oleada de protestas que concluyó con el asalto a la embajada israelí en El Cairo y la evacuación de su personal en el mes de septiembre. Una vez más se ponía de manifiesto que el acuerdo de paz alcanzado entre ambos países respondía a una paz fría. Su tejido social, al menos el egipcio, no asumía lo que consideraba una claudicación e incluso traición.

4. Elementos facilitadores de las revueltas: las telecomunicaciones

Un elemento importante en facilitar las movilizaciones procedió de las nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICs), en particular, de las televisiones vía satélite e internet. Que las revelaciones de WikiLeaks sobre el alcance de la corrupción en algunos países árabes precedieran a las revueltas llevó a cierto equívoco: considerar que sus filtraciones habían actuado de catalizadores del descontento político en la región¹⁸. La corrupción de sus clases dirigentes no era una noticia nueva para las sociedades árabes, sólo confirmaba lo que era un rumor en alta voz. Sin duda, las telecomunicaciones han permitido sortear la censura gubernamental, acceder a fuentes de información más plurales, propiciar una reflexión crítica y buscar una vía alternativa de comunicación que rebasara las dificultades políticas y espaciales. Ahora bien, de ahí a magnificar su función, presentando las revueltas populares como resultado de las TICs e

¹⁸ Véase P. Walker, "Amnesty International hails WikiLeaks and Guardian as Arab spring catalysts", *The Guardian*, 13 de mayo de 2011, <http://www.guardian.co.uk/world/2011/may/13/amnesty-international-wikileaks-arab-spring>, (mayo 2011).

incluso como una *wiki-revuelta* parece algo desmedido, aunque propicie un buen titular¹⁹.

Sin restar ningún tipo de relevancia a su función facilitadora de las movilizaciones, cabe realizar una aproximación más comedida y cercana a su impacto, sin caer en la exageración ni tampoco en su minusvaloración. Desde este punto de vista es innegable su doble condición como medio de información y de organización²⁰. Su capacidad para agregar y movilizar recursos se ha mostrado muy eficaz, sobre todo en contextos políticamente adversos. En concreto, para coordinar y publicitar sus movilizaciones y acciones no violentas; canalizar el apoyo externo (gobiernos, organizaciones no gubernamentales y comunidades en la diáspora) hacia el movimiento interno de oposición democrática; organizar a diversos sectores sociales, desde estudiantes hasta mujeres; unir los esfuerzos de la oposición mediante las redes sociales y portales de internet; compartir o transmitir experiencias y aprendizaje de unas sociedades a otras; y atraer la atención de los medios de comunicación internacionales y ofrecerles fuentes alternativas de información a la oficial²¹. Sin embargo, nada de esto, por importante que sea, sustituye las razones políticas, sociales y económicas del descontento. No cabe confundir, por tanto, las causas de las protestas con los instrumentos de que se valen para su organización, expresión y difusión. Sin olvidar las notables limitaciones todavía existentes en la extensión y uso de la red entre la población (33,9% en Túnez y 24,5% en Egipto)²²,

¹⁹ Entre otros titulares similares, puede verse cómo etiquetaba el semanario Newsweek la revuelta egipcia: "Inside Egypt's Facebook Revolt", <http://www.newsweek.com/2011/01/27/inside-egypt-s-facebook-revolt.html>, (enero 2011).

²⁰ Véase P. N. Howard: "The Arab Spring's Cascading Effects", 23 de febrero de 2011, <http://www.miller-mccune.com/politics/the-cascading-effects-of-the-arab-spring-28575/>, (febrero 2011).

²¹ P. N. Howard, *The Digital Origins of Dictatorship and Democracy. Information Technology and Political Islam*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

²² M. Manrique y B. Mijail, "El papel de los nuevos medios de comunicación y las tecnologías de la comunicación en las transiciones árabes", *Policy Brief*, 2011, n.º 69, p. 2. <http://www.frade.org/publicacion/965/el-papel-de-los-medios-y-las-nuevas-tecnologias-en-las-transiciones-arabes>, (diciembre 2011).

junto al índice de analfabetismo y pobreza en países como Egipto y Yemen.

La importancia de la información en las Relaciones Internacionales ha sido un tema de creciente interés por parte de sus teóricos. Concebida como una fuente de poder, el acceso a la información ha propiciado esta influyente herramienta a las sociedades civiles; y, en general, a otros agentes no estatales. Los avances tecnológicos han rebajado sus costes de procesamiento, transmisión y acceso. Sus consecuencias en la política mundial son obvias, los gobiernos no controlan todo el flujo de la información. Por tanto, su monopolio informativo se ha visto seriamente erosionado, pese a las restricciones que todavía imponen de acceso a internet, telefonía móvil o televisión vía satélite. Pero tampoco pueden dar la espalda a las ventajas que ofrecen las telecomunicaciones para su desarrollo socioeconómico; y su aislamiento no es una alternativa muy atractiva. De ahí que sea más costoso su cierre que su apertura²³. Así lo entendieron algunos regímenes, que prefirieron el control de la red antes que su prohibición; además de ofertar una oportunidad de negocios a sus familias y clases dirigentes.

Sin embargo, lo anterior no excluye una lectura inversa. Esto es, el empleo de las TICs por parte de los poderes públicos para controlar a su población y, en particular, su disidencia. Frente al cierre de la red adoptado por la mayoría de los gobiernos árabes, otros —como el sirio— se valieron de la misma para infiltrarse en sus redes sociales, detener a sus principales activistas, neutralizar las movilizaciones, desacreditar y dividir al movimiento opositor, además de fomentar el enfrentamiento intercomunitario²⁴.

²³ J. S. Nye, *La paradoja del poder norteamericano*, Madrid, Taurus, 2003, pp.71-85.

²⁴ Véase el informe elaborado por Reporteros Sin Fronteras, *Los medios de comunicación, testigos claves de las revoluciones y de los retos del poder*, noviembre de 2011, <http://www.rsf-es.org/news/informes-balance-de-las-rebeliones-arabes-diciembre-de-2011/>, (noviembre 2011).

En suma, las TICs por sí mismas no propician el cambio político, pese a que erosionan el monopolio de la información. De ahí el empecinamiento de las autocracias en seguir controlando los medios de comunicación.

Por último, sin minusvalorar la notable relevancia que han cobrado las redes sociales como fuente transmisora de información y movilizadora de recursos organizativos y cognitivos, cabe destacar que el ejemplo más evidente de ese proceso contradictorio ha sido el rol jugado por la cadena qatarí *Al-Jazira*. En muy poco tiempo, desde que comenzara sus emisiones en 1996, alcanzó una gran audiencia y credibilidad que llevó a abrir su canal internacional en inglés una década más tarde, en 2006. La clave de su éxito reside en haber introducido una pluralidad de colores frente a los monocromáticos informativos de las cadenas oficiales. Su estilo ha sido un revulsivo para otras televisiones, que asumieron cierta pluralidad con objeto de granjearse credibilidad y audiencia en la competición mediática²⁵. Pero, sobre todo, *Al-Jazira* ha actuado como un eficaz medio de socialización política, más apegado a la realidad social árabe, con mayor credibilidad y receptividad del público en general y de las nuevas generaciones en particular. En definitiva, ha logrado transmitir la información sobre los árabes vista por los propios árabes, propiciando una mayor sensibilización y concienciación política acerca de su entorno social, político, económico y regional en contraste con las tendencias existentes en el sistema internacional. Obviamente, esta función de revulsivo no niega el influjo de la diplomacia qatarí, que ha tratado de compensar mediante el recurso mediático su debilidad regional frente al predominio saudí en el Golfo. A su vez, dicha cadena ha asumido algunas de las apuestas regionales más decisivas de Qatar, como su apoyo a la intervención en Libia.

²⁵ O. Lamoum, *Al-Jazira, espejo rebelde y ambiguo del mundo árabe*, Barcelona, Editorial Hacer, 2006.

5. La participación social

Existe cierto consenso en destacar la ausencia de actores políticos convencionales en la movilización, organización, dirección y liderazgo de las revueltas. En su lugar, se advierte que el verdadero protagonista ha sido el conjunto de la ciudadanía y, más precisamente, su tejido asociativo: desde defensores de los derechos humanos, activistas sociales, sindicalistas, ciberactivistas y un variado elenco de grupos e individuos sin que necesariamente mediara una adscripción política, ideológica u orgánica determinada. Evidentemente, semejante afirmación no niega ni excluye la presencia de fuerzas políticas y sociales con una larga trayectoria opositora. Sólo se señala que ninguna, por sí sola o conjuntamente, abanderó la respuesta popular y, por tanto, no puede arrogarse su autoría. Por el contrario, la verdadera protagonista ha sido su sociedad civil²⁶.

La participación social en las movilizaciones ha rebasado todas las expectativas. Su dimensión sorprendió a propios y ajenos. Sin apenas precedentes, la implicación social recordaba a la de la era de su descolonización. Desde el primer momento se barajó el descontento económico como principal causa del levantamiento popular, con sus reivindicaciones centradas en el desempleo, el empobrecimiento y la carestía de la vida, preferentemente de los alimentos. De hecho, tras la caída de Ben Ali, ésta fue la interpretación predominante entre los gobiernos de la región como puso de relieve su rápida adopción de medidas socioeconómicas, de subvención de los productos más básicos, sin asumir el descontento político subyacente. Sin embargo, semejantes medidas, además de irrisorias, no tuvieron el

²⁶ I. Álvarez-Ossorio, "Las revoluciones árabes: hacia un cambio de paradigma", en Manuela Mesa (coord.), *El mundo a la deriva: crisis y pugnas de poder, Anuario 2011-2012*, Barcelona, Icaria-CEIPAZ- Fundación Cultura de Paz, 2010, pp. 105-119.

efecto neutralizador buscado. La gente no regresó a su casa y, en cambio, siguió protestando en la calle. La privación económica no explicaba por sí sola las revueltas²⁷, aunque haya podido actuar de catalizador de las mismas. Rápidamente se pasó de las reivindicaciones socioeconómicas a las políticas: “Pan, agua y no Ben Ali” coreaban los hombres y mujeres tuneños²⁸.

También cabe pensar que la actual crisis económica y financiera haya podido incrementar el descontento socioeconómico existente, en particular, el derivado del incremento de los precios de los alimentos²⁹. Sin embargo, pese a su teórica dimensión mundial (o global), no todas las regiones del mundo se han visto igualmente afectadas. Una buena parte de las economías árabes, debido a su menor grado de globalización, no ha registrado del mismo modo la crisis. Algunos análisis incluso apuntan al crecimiento económico registrado en la región (5% en Egipto durante el 2010), aunque otra cosa bien diferente sea su distribución. Dicho en otros términos, su crecimiento económico no ha ido acompañado de la necesaria proyección social que permita hablar de cierto desarrollo. Una mayoría social significativa no percibe los frutos de las mejoras macroeconómicas del país, concretados en nuevas oportunidades, empleo, servicios sociales, educación e infraestructuras; ni tampoco la apertura política, respeto a los

27 Según señala uno de sus protagonistas, Alaa Al Aswani, en entrevista realizada por F. Ciccardi: “La pobreza no fue la causa de la revolución egipcia”, <http://www.larazon.es/noticia/4454-la-pobreza-no-fue-la-causa-de-la-revolucion-egipcia>, (junio 2011).

28 N. Marzouki, “Tunisia’s Wall Has Fallen”, *Middle East Research and Information Project*, 19 de enero de 2011, <http://www.merip.org/mero/mero011911>, (enero 2011).

29 Fruto, entre otras razones, de la especulación en el mercado internacional que ha visto desplazarse su actuación desde el sector inmobiliario hacia el alimenticio, véase K. Cascante, “El hambre, la crisis financiera y la crisis mundial de alimentos”, en M. Mesa (coord.), *Balance de una década de paz y conflictos: tensiones y retos en el sistema internacional*, Barcelona, Icaria-CEIPAZ-Fundación Cultura de Paz, 2011, pp. 85-103.

derechos humanos y a las libertades civiles y políticas³⁰. El problema se agudizó por la explosiva combinación de la incapacidad para garantizar unos mínimos de subsistencia material con la reiterada ausencia de libertades. Lo uno sin lo otro permitía cooptar cierta base social de apoyo, según la fórmula del Estado rentista, pero ambas cosas a la vez (ni pan ni libertad) se mostraron contraproducentes.

Cómo fue posible pasar desde el descontento individual a la protesta colectiva es un interrogante pendiente de una respuesta más elaborada. En esa dirección, pero sin ánimo exhaustivo, cabe advertir algunas peculiaridades de la sociedad tunecina, como el grado de cohesión social, la riqueza de su tejido asociativo y, en definitiva, la mayor fortaleza de su sociedad civil respecto a las de su entorno árabe³¹. Además de la señalada contribución de las TICs, cabe destacar su experiencia movilizadora. Algunas aproximaciones consideran, con razón, que no se puede desvincular las movilizaciones tunecinas y egipcias de su experiencia colectiva de reivindicaciones sociales y laborales principalmente; y del aprendizaje que supone en su bagaje de confrontación a un régimen autoritario durante los últimos años³². En este caso, los sindicatos son una referencia obligada como agentes del cambio social y movilizadores de recursos. Su implantación sobre el terreno permitió la movilización de un amplio segmento social a escala nacional, dada su ramificación regional³³. Por tanto,

³⁰ Abu Dhabi Gallup Center, "Egypt: The Arithmetic of Revolution", <http://www.abudhabigallupcenter.com/146888/BRIEF-Egypt-Arithmetic-Revolution.aspx>, (marzo 2011).

³¹ Véase K. J. Perkins, *Historia del Túnez moderno*, Madrid, Akal, 2010; y S. Naïr, *La lección tunecina. Cómo la revolución de la Dignidad ha derrocado al poder mafioso*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2011.

³² I. Barreñada Bajo, "Las revoluciones árabes, la cuestión de la justicia social y los sindicatos", *Anuario 2011*, Madrid, Fundación Primero de Mayo, 2011, pp. 261-277.

³³ I. Barreñada Bajo, "El papel de los sindicatos en la revoluciones árabes", *Noticias Obreras*, n.º 1.525, 2011, pp. 19-26.

no es casualidad que ambos países fueran los adelantados de la nueva ola política que recorre el mundo árabe.

Paradójicamente, que las revueltas carecieran de una dirección o liderazgo, ya fuera personal o colegiado, impidió su desarticulación. No existía un líder o un liderazgo conocido, desde donde se centralizaran y emanaran las directrices de las movilizaciones. En consecuencia, tampoco se podía apresar a su dirección política y su potencial reemplazo; y así, sucesivamente, hasta extenuarla. La protesta no presentaba los rasgos más clásicos o tradicionales de la toma de decisiones centralizadas a la que estaban acostumbradas las fuerzas de seguridad del Estado. Por primera vez se enfrentaban a un movimiento más horizontal que vertical, apoyado en las herramientas de las nuevas tecnologías, de difícil y más costoso desmantelamiento. Esto último llevó a que se suprimieran intermitentemente los servicios de telefonía móvil e internet con la esperanza de desarticular o frenar las movilizaciones. Medida gubernamental que, además de carecer de efectividad, pareció también sobredimensionar el rol de las TICs sin adentrarse de lleno o querer reconocer las causas sociopolíticas y económicas de la contestación ciudadana.

Otro rasgo definitorio de la *primavera árabe* es la carencia de protagonismo de los movimientos islamistas en su acción colectiva. En un primer momento titubearon a la hora de sumarse a las manifestaciones, aunque lo hicieran muchos de sus miembros a título individual, especialmente, los más jóvenes³⁴, subrayando de este modo la importancia adquirida por el factor generacional. Su adhesión sólo se produjo una vez que el movimiento de protesta irrumpiera en la calle, con un seguimiento generalizado, rebasando todas las expectativas y previsiones. Los islamistas

³⁴ J. Martín, *Los Hermanos Musulmanes*, Madrid, La Catarata, 2011, p. 119.

tuvieron que reconocer que eran una parte más de las protestas, dado su carácter plural, como afirmaba uno de sus portavoces, Hamdy Hasan: “Esta revolución no es nuestra, sino de todos los egipcios. De los jóvenes. Ellos le pusieron la mente y el corazón y abrieron el camino para que la gente perdiera el miedo y saliera a la calle”³⁵. Semejante reconocimiento, sin embargo, no excluye su propósito de rentabilizar favorablemente las movilizaciones.

Ahora bien, esta nueva situación contrasta con la imagen que habitualmente se tiene del mundo árabe. Durante los últimos años la emergencia islamista ha sido el fenómeno sociopolítico más destacado en la región. Sólo basta con hacer un recuento de la bibliografía especializada para advertir la atención de la que ha sido objeto; y, sobre todo, a raíz del 11-S, su vertiente extrema y violenta, el terrorismo *yihadista*. Buena parte de la agenda regional e internacional ha estado centrada desde entonces en combatir el islamismo radical y violento, menospreciando o desatendiendo otras exigencias básicas de orden socioeconómico y político. En su lugar, la amenaza terrorista ha servido para justificar las políticas inmovilistas en la región, tanto por los gobiernos locales como por sus valedores internacionales.

Como movimiento sociopolítico y tendencia ideológica, el islamismo cuenta con un notable respaldo social. Sus fuerzas políticas han obtenido buenos resultados en las escasas y abortadas situaciones en las que se ha permitido la expresión popular en las urnas: Argelia y Palestina son dos destacados ejemplos. Éxito refrendado más recientemente en las elecciones tunecinas, marroquíes y egipcias. Fruto de la reislamización registra-

³⁵ Portavoz de los Hermanos Musulmanes en el Parlamento egipcio, donde tenía 88 escaños, en entrevista realizada por Georgina Higuera: “Egipto debe ser un país laico”, El País, 15 de febrero de 2011, http://www.elpais.com/articulo/internacional/Egipto/debe/ser/pais/laico/elpepiint/20110215elpepiint_5/Tes, (febrero 2011).

da en las sociedades árabes durante las últimas décadas, los movimientos islamistas forman parte de su realidad social. Suelen ocupar un puesto relevante en la oposición antigubernamental. Espacio que han dominado a veces de forma casi hegemónica, como si fuera la única oposición realmente existente ante la división, debilidad o menor peso de la oposición secular. Además de reflejar su fortaleza, su mayor proyección mediática o visibilidad no es tan inocente como se suele comúnmente creer. Su magnificación respondería también a la citada política del “mal menor”, destinada a justificar el inmovilismo por temor a su potencial triunfo (acceso al poder) ante la apertura del sistema político al sufragio universal, en particular, y a la participación política, en general. Pero no hay que llamarse a engaño, la permanencia del cierre de las instituciones a la participación ciudadana no es un problema religioso, sino político: el rechazo de las elites gobernantes a toda idea de alternancia en el poder.

Ante la ausencia del habitual protagonismo de los islamistas en el desencadenamiento de las movilizaciones, algunos analistas advirtieron signos de una nueva era posislamista. Paradójicamente, el origen de esta innovadora tendencia se inició en Irán, donde tuvo lugar la primera revolución islamista de la historia contemporánea. Precisamente, su experiencia social y gubernamental ha propiciado una revisión de sus fundamentos orientada hacia “una nueva fase posislamista”³⁶. Los movimientos posislamistas se diferenciarían de sus ascendentes islamistas por su carácter más pragmático y menos ideologizado; políticamente más ambiguos y comedidos en el alcance de sus promesas y compromisos; mostrándose más tolerantes, plurales e integradores de las diferencias y las minorías; además de estar más centrados en las perspectivas de futuro que en las glorias del pasado. Expresión de su nuevo perfil es su agenda política, orien-

³⁶ A. Bayat, “The Coming of a Post-Islamic Society”, *Critique: Critical Middle East Studies*, n.º 9, 1996, pp. 43-52.

tada hacia los derechos humanos, civiles y políticos, el Estado de derecho, la alternancia en el poder y, en definitiva, la democracia³⁷. Valores que no son vistos como una importación e injerencia occidental o extraños a su tradición, sino como parte del islam³⁸.

Por tanto, desde este punto de vista, se estaría iniciando una nueva etapa en la que los movimientos islamistas formarían parte inexorable de su paisaje sociopolítico. No necesariamente el islamismo será la fuerza política hegemónica o predominante; y, en caso de serlo, teóricamente no supondría un riesgo o amenaza para las reglas del juego democrático (sospecha o duda que no sólo debe recaer sobre los islamistas). Por el contrario, su integración en el sistema político sólo contribuiría a legitimarlo, además de neutralizar la potencial radicalización (incluso violenta) que ha conllevado su sistemática exclusión y represión en el pasado. Como toda predicción, ésta tendrá que ser contrastada con los hechos. De momento, dicha tendencia no se ha visto corroborada en las elecciones celebradas en Túnez, Marruecos y Egipto, donde las opciones islamistas han mostrado nuevamente su fortaleza.

Si bien es cierto que su triunfo inicial admite ciertas matizaciones e incluso cabe, en algún caso, relativizarlo. En Túnez el islamista En-Nahda logró el 41,5% de los diputados. Por tanto, carece de mayoría absoluta y está obligado a negociar tanto la redacción de la Constitución como la formación del gobierno provisional con otras fuerzas políticas³⁹. En Marruecos, como

³⁷ A. Bayat, "Egypt and the post-Islamic Middle East", *OpenDemocracy*, 2 de febrero de 2011, <http://www.opendemocracy.net/asef-bayat/egypt-and-post-islamist-middle-east>, (febrero 2011).

³⁸ O. Roy, "This is not an Islamic Revolution", *Newstatesman*, 15 de febrero de 2011, <http://www.newstatesman.com/religion/2011/02/egypt-arab-tunisia-islamic>, (febrero 2011).

³⁹ Véase R. Bustos, "Las razones de un cambio prometedor", *Público*, 06/11/2011, <http://www.publico.es/internacional/405321/las-razones-de-un-cambio-prometedor>, (noviembre 2011).

ha mostrado el profesor Bernabé López, es donde el triunfo islamista resulta más relativo ante el número de potenciales electores no censados (38%), el porcentaje de abstención (34%) y de voto en blanco o nulo (6%), de manera que el voto emitido se reduce a tan sólo el 28% de los ciudadanos con derecho a votar⁴⁰. Por último, en Egipto el triunfo islamista es incontestable. Los Hermanos Musulmanes, presentados bajo las siglas del Partido Libertad y Justicia, seguidos por los ultraconservadores salafistas de Al Nur obtuvieron alrededor del 70% de los votos.

Algunos análisis ponen de relieve que, en los tres casos mencionados, el triunfo de los islamistas no responde a la defensa de un “programa islámico”, sino a otro de “moralización de la vida política y de afirmación nacionalista”. Paralelamente, las fuerzas islamistas intentarán rentabilizar la coyuntura actual, que favorece sus expectativas políticas y electorales, antes de que se altere e incluso revierta debido, entre otras razones, al enorme desafío que tienen por delante y previsible desgaste gubernamental. Sin embargo, con la excepción egipcia, su éxito electoral es relativo y, por tanto, no evitará la necesidad de establecer negociaciones, alcanzar pactos y acuerdos e incluso coaliciones con otras formaciones liberales, laicas y nacionalistas⁴¹.

En efecto, las fuerzas islamistas parten con una ventaja adicional al contar con una organización política suficientemente engrasada, con experiencia en contiendas electorales por deficientes o fraudulentas que fueran (caso de Marruecos y Egipto), con importantes recursos humanos (líderes, personalidades, cuadros o empresarios políticos), comunicativos (programas televisi-

⁴⁰ B. López, *Marruecos: La relativización del triunfo islamista y las perspectivas de gobierno de Benkiran*, Observatorio Político y Electoral del Mundo Árabe y Musulmán, 22/12/2011, http://www.observatorioelectoral.es/ImgBase/AE-Marruecos_2011_Relavitizacion_del_triufo_islamista.pdf, (diciembre 2011).

⁴¹ Jean-Pierre Filiu, “El estado de gracia islamista”, *El País*, 4 de diciembre de 2011, http://internacional.elpais.com/internacional/2011/12/03/actualidad/1322944021_912317.html, (diciembre 2011).

vos de gran audiencia), sociales (redes de asistencia social) y materiales (económicos). En contraposición, la oposición secular presenta serias debilidades. Sin ánimo exhaustivo, y unida a la fragmentación de las formaciones políticas existentes, cabe destacar que la principal es la carencia de una organización de referencia semejante a la que poseen los islamistas, que aglutine las diferentes sensibilidades, inquietudes y corrientes políticas de la oposición secular. Una buena parte de la ciudadanía que protagonizó la revuelta carece de una afiliación política, al igual que muchos de los activistas que animaron las movilizaciones. Paradójicamente, no sería la primera vez en la historia que los sectores sociales que animaron, protagonizaron y arriesgaron sus vidas en la contestación política antiautoritaria no fueran los mismos que accedieran al poder. La cohesión de la heterogénea oposición frente a la dictadura suele desvanecerse ante los cambios introducidos, aunque estos sean insuficientes.

Por último, el papel de los jóvenes en las revueltas es otro de sus rasgos más destacados. Sin embargo, no es una protesta meramente generacional o juvenil, aunque posea algunos de sus ingredientes. Los jóvenes por sí solos no son un actor político. Su mayor visibilidad no debe ocultar la presencia de otras cohortes generacionales, ni segmentos sociales. Un cúmulo de factores explicaría su mayor proyección social en las protestas. En términos demográficos, y fruto de su transición, los jóvenes representan más del 60% de la población árabe (con menos de 30 años). En el ámbito económico, pese a ser la generación con mayores estudios y mejor formación de su historia, carece de oportunidades para su desarrollo profesional y salida laboral. No es extraño, por tanto, que muchos busquen en la emigración (a Europa y Estados Unidos, principalmente) una alternativa a las insuficiencias de su economía y mercado de trabajo⁴². En el espacio político, la juventud árabe sufre igual

⁴² Véase el informe del PNUD, *Arab Human Development Report 2002. Creating Opportunities for Future Generations*, New York, United Nations Development Program, 2002.

asfixia que el conjunto de su sociedad. La carencia de canales institucionales para la participación política no anula su inquietud y reflexión sobre la *cosa pública*. Dicho en otros términos, sus sistemas políticos, cerrados y represivos, no han disuadido el compromiso y la implicación de muchos de sus jóvenes en movimientos sociales, organizaciones no gubernamentales u otras asociaciones cívicas o sociopolíticas.

En el terreno social, las dificultades de realización personal se agudizan por las mencionadas carencias políticas y económicas que arrastran. En el contexto árabe, contraer matrimonio permite acceder a un nuevo estatus social, a disfrutar de la vida sexual y a fundar una familia. Muchos jóvenes ven retrasada esa posibilidad; y otros se quedan atrapados “entre el limbo de la adolescencia y la madurez”, además de verse forzados a prolongar un celibato que conduce “a muchos a la religión”⁴³. En suma, la falta de expectativas provoca una notable frustración social que, a su vez, se incrementa por un entorno donde el peso de la tradición puede resultar castrador.

En un sentido más generacional, la presencia de los jóvenes se explicaría también por su mayor disponibilidad de tiempo, energías, conocimientos, perspectivas de futuro, familiarización con las TICs, y socialización en unas pautas que no resultan adecuadas para interpretar el mundo que les rodea. A diferencia de sus padres, su socialización política no ha estado vinculada a los procesos de emancipación nacional y construcción del Estado poscolonial, ni por tanto a la experiencia anticolonial y nacionalista en la que en buena medida se ha justificado y legitimado el poder. Por el contrario, su vida ha transcurrido bajo el mismo régimen político, de corte autoritario, nepotista, clientelista y corrupto, que se sucede a sí mismo, reproduciéndose y perpetuándose en el poder sin visos de alter-

⁴³ H. Amirah Fernández, “Religiosidad, sexualidad, oportunidades y percepciones”, *Culturas. Revista de análisis y debate sobre Oriente Próximo y el Mediterráneo*, n.º 2, 2008, pp. 4-12.

nancia. A su vez, la tediosa monotonía de las dictaduras se ha visto acompañada por políticas de liberalización económica, traducidas en la privatización de las riquezas del país en favor de las elites (familias y clases) gobernantes y en detrimento de una mayoría social desposeída o excluida, de la que los jóvenes forman una parte muy significativa, tanto cuantitativa como cualitativamente⁴⁴.

Dicho de otro modo, se puede aducir cierto cambio generacional con respecto a las pautas de comportamiento predominantes de sus predecesores. Cabe señalar que se trata de una generación más plural y, paradójicamente, más individualista. Dinámica que, lejos de ser entendida como sinónimo de egoísmo, es fruto del proceso de individuación o emergencia del sujeto individual en las sociedades del Tercer Mundo⁴⁵. De ahí que este proceso no haya impedido su compromiso social. Con diferencia, es la generación árabe más y mejor preparada de su historia, con dominio de lenguas extranjeras, con acceso al mundo exterior mediante las telecomunicaciones, además de los viajes, y conectada entre sus miembros sin mayor mediación orgánica que su propia voluntad. Factores que también han contribuido a una mayor toma de conciencia de su realidad social al contrastarla con otras en la esfera mundial.

Pero si existe un rasgo definitorio de las revueltas es su carácter plural en términos generacionales, espaciales, políticos e ideológicos, de género y de clase. No cabe reducirlo a una determinada cohorte generacional o a un grupo social por más visible o importante que fuera o se percibiera. Por el contrario, su principal característica residió en que fue secundada ampliamente por las diferentes generaciones, de jóvenes y mayores; por el espacio

⁴⁴ J. P. Filiu, *The Arab Revolution: Ten Lessons from the Democratic Uprising*, London, Hurst, 2011, pp. 31-35.

⁴⁵ Sobre este proceso, véase Mahmoud Hussein, *Vertiente Sur de la libertad: ensayo sobre la emergencia del individuo en el Tercer Mundo*, Barcelona, Icaria, 1998.

urbano de sus ciudades, pero también de sus regiones periféricas y rurales; por las diferentes sensibilidades y corrientes políticas e ideológicas, desde comunistas hasta islamistas, además de liberales; por sus hombres y sus mujeres; por las clases medias, pero también las asalariadas o trabajadoras e incluso las integradas por profesionales liberales y parte de la burguesía comercial, que infundieron a las revueltas un carácter interclasista. Sin olvidar, en el caso de Egipto, que su revuelta la integraba tanto su población musulmana (mayoritaria) como su minoría cristiana (copta), además de individuos de tradición secular y religiosa. En suma, se trató de la rebelión de su ciudadanía, animada por esa revolución silenciosa que se viene produciendo en la vida cotidiana, tejiéndose por su igualmente heterogéneo entramado asociativo y, en definitiva, su sociedad civil.

6. El alcance del cambio político: ¿revoluciones o revueltas?

El cambio político suscitado por la denominada *primavera árabe* ha recibido diferentes calificaciones. Dos han sido la más recurridas tanto por los medios de comunicación como por algunos círculos académicos: revolución y revuelta. Ambas designan procesos de cambio político de diferente naturaleza y alcance. Por tanto, no parece pertinente su uso como sinónimos o términos intercambiables. Una revolución indica una transformación significativa del sistema político. Esto es, su reemplazo por otro nuevo mediante el recurso a la violencia. Por lo general, el empleo de la fuerza responde a la resistencia de quien ostenta el poder a abandonarlo o cederlo. A su vez, la revolución puede ser política, limitada al cambio de su régimen, o social, en cuyo caso, el cambio político se ensancha y afecta igualmente a la transformación de su estructura social⁴⁶.

⁴⁶ Véase L. Paramio, "La revolución como problema teórico", *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, n.º 7, 1990, pp. 151-174; y H. Arendt, *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.

Sin embargo, el proceso de cambio desatado en el mundo árabe no es ni lo uno ni lo otro. La razón es bien sencilla, no se trata de una revolución. No se ha producido un desmantelamiento del sistema político anterior y su consiguiente reemplazo por otro nuevo. De momento, sólo se ha registrado su descabezamiento, centrado en las figuras de sus presidentes: el tunecino Ben Ali, el egipcio Hosni Mubarak, el libio Muamar el Gadafi, y el yemení Ali Abdullah Saleh. Junto a las peculiaridades inherentes a cada situación, las distintas experiencias comparten un denominador común: el relevo ha estado más centrado en las figuras presidenciales (y, debido a su carácter fuertemente nepotista, sus parentelas familiares) que en el reemplazo de las estructuras y círculos de poder del régimen anterior (elites políticas, altos burócratas, mandos del Ejército, responsables de la seguridad, centros de comunicaciones, económicos y financieros, etcétera). Sin menospreciar otros potenciales escenarios de involución (golpes de Estado) o estancamiento (guerras civiles), cabe advertir también que, fruto de un exitoso proceso de transición, el resultado final a medio o largo plazo sea el de una verdadera transformación del sistema político. Entonces habrá sido fruto de un cambio gradual, progresivo, pero no de un cambio intenso y rápido, con la mediación de la violencia que suele acompañar a una revolución.

A diferencia de ésta, la revuelta posee otras características y su propio alcance es significativamente más limitado. La revolución implica una estructura organizativa con su correspondiente dirección política, además de una agenda o estrategia revolucionaria deliberada, en la que cabe planificar incluso la ofensiva o insurgencia con el propósito de hacerse con el poder. Por el contrario, las revueltas árabes surgieron de forma espontánea (sin planificación), carentes de organización (partidos políticos), dirección (liderazgo), ni ideología (programa específico). Su principal propósito no ha sido la toma del poder político, sino su apertura y democratización.

Semejante meta era impensable e inalcanzable con quienes ostentaban autoritariamente el poder desde hacía décadas, dado que eran parte del problema y no de la solución. De ahí su afamado eslogan de rebelión antiautoritaria, *el pueblo quiere la caída del régimen*, que envuelve exigencias de cambios socioeconómicos, pero sin una formación política alternativa (o vanguardia revolucionaria) que asumiera el poder o lo reemplazara.

En este mismo contexto, parte de la prensa y academia árabe se refiere a las revueltas con la expresión autóctona de *Intifada*. Único término árabe legado al diccionario de la política mundial del siglo XX como puso de manifiesto en su momento Edward W. Said⁴⁷. Originado a raíz del movimiento de resistencia y desobediencia civil protagonizado por la sociedad palestina frente a la ocupación militar israelí (1987-1993), desde entonces su uso se generalizó e incluso se extendió fuera del marco geocultural árabe para aludir a aquellas situaciones equivalentes a levantamientos, revueltas o rebeliones. Su empleo para definir las actuales revueltas árabes no altera conceptualmente la comentada distinción con el término revolución.

7. El rol del Ejército: ¿revueltas o golpes de Estado encubiertos?

El triunfo de las revueltas en Túnez y Egipto no se explica sin la decisión adoptada por el Ejército. De hecho, ninguna otra institución resulta más imprescindible para la supervivencia de un Estado. Incluso para que el cambio político tenga éxito, con independencia de su alcance (desde

⁴⁷ E. W. Said, "Intifada and Independence", en Z. Lockman & J. Beinin (eds.), *Intifada: The Palestinian Uprising Against Israeli Occupation*, London, I. B. Tauris, 1990, pp. 5-22. Véase también K. Cumsille, "La huella de la Intifada. Reflexiones sobre una sublevación en curso", *Actual Marx Intervenciones*, n.º 11, 2011, pp. 105-118.

su reforma hasta su transformación), es necesario contar con su apoyo o, al menos, su consentimiento⁴⁸. Ante el desafío político de la ciudadanía en Túnez y Egipto, las fuerzas armadas tenían dos opciones: la de disparar o no. La adopción de esta última decisión no careció de dudas, contradicciones y controversias internas, además de externas. Era impensable que la cúpula militar desobedeciera públicamente las órdenes que procedían directamente de la presidencia del Estado. Por tanto, su opción fue decisiva para el triunfo inicial de ambas revueltas.

¿Cómo fue posible que, pese a ser la columna vertebral del régimen, el Ejército se negara a reprimir la contestación política que lo desafiaba, con sus exigencias de salida del presidente y abolición del autoritarismo? Una explicación sería que los ejércitos tunecino y egipcio han experimentado un mayor grado de institucionalización, profesionalización y relaciones de cooperación con ejércitos occidentales; y son más ajenos a las prácticas nepotistas (personalistas, familiares, tribales y confesionales) que los cuerpos militares de su entorno. Por ejemplo, en Yemen una buena parte de la cúpula militar está ocupada por la familia del entonces presidente Saleh⁴⁹, situación no muy diferente de Libia y Siria⁵⁰.

En los casos tunecino y egipcio, el Ejército no estaba visiblemente implicado en la represión. Por el contrario, ésta estaba en manos de la repudiada policía y los temidos servicios secretos (los afamados *muhkabarat*).

⁴⁸ Z. Barany, "The Role of the Military", *Journal of Democracy*, Vol. 22, n.º 4, 2011, pp. 28-39.

⁴⁹ Stratford, "Yemen in Crisis: A Special Report", <http://www.stratfor.com/analysis/20110318-yemen-crisis-special-report>, (marzo 2011).

⁵⁰ C. Echeverría Jesús, "El papel de las Fuerzas Armadas sirias en el marco de las revueltas", *Real Instituto Elcano*, ARI, 102/2011, [http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/555cca804717cf83b81abe00526b8882/ARI102-](http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/555cca804717cf83b81abe00526b8882/ARI102-2011_Echeverria_fuerzas_armadas_sirias_revueltas.pdf?MOD=AJPERES&CACHEID=555cca804717cf83b81abe00526b8882)

2011_Echeverria_fuerzas_armadas_sirias_revueltas.pdf?MOD=AJPERES&CACHEID=555cca804717cf83b81abe00526b8882, (julio 2011).

Pese a formar parte fundamental de los regímenes desafiados, el Ejército mantuvo en un primer momento su reputación debido, primero, al carácter personalista del presidencialismo autoritario, que centró las iras de la población en la figura del autócrata y evitó el desgaste gubernamental de sus militares; y segundo, a su determinación de no reprimir las multitudinarias demostraciones de descontento y contestación política, que reforzó su prestigio, respeto y popularidad. Su prioridad se centró en mantener la estabilidad, asegurar sus intereses y salvaguardar su reputación.

A diferencia de Túnez, país que carece de la relevancia geopolítica egipcia, la decisión adoptada por los militares egipcios resultó más compleja. Su histórica injerencia en la esfera política se ha extendido también a la económica. Las fuerzas armadas sostienen un imperio económico, paralelo a la economía del Estado y partidario de la intervención en el mercado⁵¹. En esta tesitura, se cruzaron los intereses contrapuestos de la elite en el poder con la revuelta popular, que actuó de detonante para su reequilibrio. La cuestión sucesoria de Mubarak dividía a los partidarios de mantener la intervención económica, representados por la vieja guardia de burócratas y oficiales militares, y los partidarios de su liberalización (y privatización), que reunía a los más destacados actores económicos asociados al hijo del presidente, Gamal Mubarak (visto con recelos por los primeros). No obstante, ambos grupos estaban igualmente interesados en “mantener el papel hegemónico del régimen”. De ahí su inexorable cooperación para garantizar la estabilidad del país hasta que ésta se vio seriamente amenazada. Finalmente, estas diferencias se resolvieron en favor de la vieja guardia como garante de la estabilidad y el control de la transición del sistema político⁵².

⁵¹ R. Springborg, “El poder militar en Egipto”, *Vanguardia Dossier*, n.º 39, 2011, p. 25.

⁵² A. Lampridi, “Hosni Mubarak, la lenta caída de un hombre fuerte”, *Análisis del observatorio electoral TEIM*, http://www.observatorioelectoral.es/ImgBase/AEEgipto_2011_Mubarak_lenta_caída_de_un_hombre_fuerte.pdf, (marzo 2011).

En el ámbito externo, la dependencia de los militares egipcios de Estados Unidos es indiscutible. Sin la luz verde de Washington no habrían destituido a Mubarak. A su vez, la importancia de Egipto en la alianza estratégica estadounidense resulta igualmente evidente. Considerado como un socio estratégico y militar que propicia estabilidad y moderación en la región, Egipto ocupa una posición geoestratégica privilegiada. Además de nexo entre los continentes asiático y africano, posee una de las más importantes vías mundiales de navegación (el Canal de Suez une el mar Mediterráneo con el Rojo) y es un importante corredor aéreo en la ruta hacia la rica región energética del Golfo. En suma, el país del Nilo está situado en el centro del mundo árabe. Es limítrofe con todas sus regiones: el Magreb, el Mashrek, el Golfo y el área afro-árabe. Fue el primer Estado árabe en firmar un tratado de paz con Israel (1979), replegando de la contienda árabe-israelí al mayor Ejército de la región y asegurando así la frontera suroeste del Estado israelí.

Su condición de epicentro del subsistema regional árabe hace que desde Egipto se irradian sus tendencias, de toda índole (política, ideológica, económica, social, cultural e intelectual), hacia otros Estados y sociedades árabes. Condición que hace más trascendental la apuesta por su cambio político. No obstante, en el caso egipcio, algunos análisis sostienen que conjuntamente con las revueltas se produjo un golpe de Estado encubierto⁵³. Esta tesis cobra mayor relieve a medida que pasa el tiempo. Durante el año transcurrido desde la destitución de Mubarak, el capital político que había acumulado el ejército egipcio se ha ido erosionando.

⁵³ International Crisis Group, "Popular Protest in North Africa and the Middle East (I): Egypt Victorious?", *Middle East/North Africa Report*, n.º 101, 2011, pp. 15-17, [http://www.crisisgroup.org/~media/Files/Middle%20East%20North%20Africa/North%20Africa/Egypt/101%20Popular%20Protest%20in%20North%20Africa%20and%20the%20Middle%20East%20I%20--%20Egypt%20Victorious.ashx](http://www.crisisgroup.org/~/media/Files/Middle%20East%20North%20Africa/North%20Africa/Egypt/101%20Popular%20Protest%20in%20North%20Africa%20and%20the%20Middle%20East%20I%20--%20Egypt%20Victorious.ashx), (febrero 2011).

8. Las relaciones cívico-militares

Desde la perspectiva de las relaciones cívico-militares, resulta innegable el papel desempeñado por el Ejército tanto en el triunfo como en la represión de las revueltas árabes. En el éxito de la tunecina y egipcia cabe advertir que el Ejército no estaba especialmente motivado en la supervivencia del autócrata, aunque por razones bien diferentes. En Túnez, el Ejército era objeto del menosprecio gubernamental, del agravio comparativo frente al trato más favorable que recibía la policía, no formaba parte del clan gobernante y estaba más alejado de su reparto de prebendas, corruptelas y codicia⁵⁴. En Egipto los militares recelaban de la sucesión de Hosni Mubarak por su hijo Gamal y su agenda económica neoliberal, contraria a la intervención del Ejército en la economía egipcia. En ambos escenarios se temía la inestabilidad y la radicalización.

En el caso de Libia y Yemen los acontecimientos siguieron otros derroteros, fruto del carácter menos institucionalizado de sus respectivas fuerzas armadas, el carácter más personalista y nepotista de sus regímenes políticos; unido a su fuerte componente tribal. Durante años se han retroalimentado las rivalidades y las sospechas mutuas, escenificadas con su división ante las revueltas. En el caso libio los rebeldes sólo lograron imponerse gracias a la intervención militar de la OTAN. Por último, en el caso de Siria y, con sus particularidades, de Bahrein, donde no existe un ejército nacional propiamente dicho, el componente confesional explicaría el comportamiento de las fuerzas armadas al lado del régimen frente a la contestación ciudadana. En Siria la minoría alawí domina su cúpula militar, y en Bahrein la minoría sunní integra las fuerzas de seguridad encargadas de proteger a la familia real⁵⁵.

⁵⁴ S. Naïr, *op. cit.*, pp. 122 y 131-138.

⁵⁵ Z. Barany, "The Role...", *op. cit.*

Inexorablemente, el cambio político implicará una negociación de las relaciones cívico-militares. Sin una retirada de los militares del espacio político no podrá emerger un sistema democrático. En este sentido, el periodo de transición será la auténtica prueba de fuego de su grado de consentimiento y adhesión al cambio político. Sólo entonces se despejarán las dudas sobre la naturaleza y el alcance de los cambios operados: si son meramente cosméticos, como apuntan los más escépticos y críticos; o bien serán más profundos, como esperan sus entusiastas y partidarios. De momento, el panorama más optimista es el tunecino, donde los militares, en sintonía con su propia trayectoria, mantienen un perfil político bajo. No sucede lo mismo en el escenario egipcio, donde la Junta Militar muestra serias reticencias para ceder el poder a los civiles (ha tardado justo un año desde la caída de Mubarak para retirar la Ley de Emergencia) y es objeto creciente de descontento y contestación política.

En ese mismo contexto, si se temía un previsible triunfo electoral de la opción islamista, representada por el Partido Libertad y Justicia de los Hermanos Musulmanes, la irrupción de los salafistas de Al Nur resulta aún más preocupante. No sólo ha generado la inquietud entre los sectores liberales, seculares y la minoría copta, sino también entre los propios Hermanos Musulmanes, que dominaban el discurso islamista⁵⁶. Ante este panorama, y dada la importancia estratégica de Egipto, difícilmente los militares cederán del todo el poder. Previsiblemente, se creará un nuevo, frágil y conflictivo equilibrio de poder entre la Junta Militar y los islamistas, que controlan el Parlamento, reproduciendo en cierto modo el modelo pakistaní⁵⁷. Por último, en Libia y Yemen está pendiente la reconstrucción de un Ejército con un perfil más institucional, alejado de las prácticas

⁵⁶ I. Álvarez-Ossorio, "¿Hacia dónde va Egipto?", *El País*, 22 de diciembre de 2011.

⁵⁷ Como adelantaba S. Amín, *¿Primavera Árabe? El mundo árabe en la larga duración*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 32-34.

nepotistas y tribales, que supere su división y evite su fragmentación con el consecuente riesgo de guerra civil y colapso estatal.

En suma, el estado actual de las relaciones entre civiles y militares refleja el autoritarismo reinante en la región durante décadas. Hasta la fecha, los militares han ocupado una posición prominente de poder, articulado autocráticamente con la subordinación del poder civil y la sujeción de la ciudadanía. Ahora de lo que se trata es de invertir los términos de esa relación, que los militares regresen a sus cuarteles y se sometan al poder civil electo por la ciudadanía. Sin menospreciar las particularidades de cada caso, por lo general las experiencias en otras regiones (como América Latina) muestran que ese tránsito no será fácil. Militares y civiles se necesitan mutuamente, unos para asegurar un marco de seguridad —interno y externo— en el que se articulen los cambios y otros para otorgar legitimidad y estabilidad al sistema emergente. Pero esta interdependencia no garantiza ningún acuerdo⁵⁸. Por el contrario, dadas las obvias diferencias entre la cultura política militar y la de la sociedad civil, es más previsible que terminen colisionando como ha sucedido en Egipto. Ahora bien, tampoco cabe descartar algún tipo de entendimiento en el futuro. En concreto, que los militares mantengan sus “poderes y privilegios” tras una “fachada civil” y los civiles asuman la responsabilidad política del país con la esperanza de acometer cambios más trascendentales en el futuro⁵⁹, bajo la creencia de que las resistencias de la cúpula militar serán entonces menores o más débiles.

⁵⁸ R. Diamint y B. Mikail, “Militares, civiles y democracia en el mundo árabe”, *Policy Brief*, n.º, 70, 2011, [http://www.fundacioncarolina.es/es-ES/areacomunicacion/noticias/cealci/Documents/PB%20ESP%2070+MENA\[1\].pdf](http://www.fundacioncarolina.es/es-ES/areacomunicacion/noticias/cealci/Documents/PB%20ESP%2070+MENA[1].pdf), (diciembre 2011).

⁵⁹ R. Springborg, “El poder militar..”, *op. cit.*, p. 28.

9. A modo de conclusión: ¿hacia dónde se dirige el mundo árabe?

El mundo árabe asiste a un nuevo ciclo político. Iniciado por su ciudadanía, será un ciclo largo, complejo, lleno de incertidumbres, altibajos e incluso situaciones de caos. No estará exento de avances, pero también de estancamientos, retrocesos e involuciones. A pesar de ello, se trata de un proceso irreversible. Nada volverá a ser igual que antes. Una vez cruzada la barrera del miedo, no hay vuelta atrás, pese a las adversidades y vicisitudes. La represión ha sido la respuesta sistemática de unos Estados duros, acostumbrados a acallar toda disidencia y oposición mediante la fuerza. Lejos de la efectividad lograda en épocas pasadas, el continuado recurso a la coerción ha mostrado ser insuficiente para mantener el orden político. La sostenibilidad de los sistemas políticos árabes requiere de nuevas fuentes de legitimidad.

Su impacto tampoco será uniforme. De hecho, como se observa, no lo está siendo. La *primavera árabe* cobra desiguales dividendos, de triunfo, reformas, represión e intervención. Su triunfo inicial en Túnez tuvo un indudable efecto de contagio y optimismo, reforzado por su relativo éxito en Egipto, país que ocupa la centralidad en el mundo árabe y que históricamente ha marcado sus principales tendencias. En Yemen, la dimisión del presidente Saleh, después de haber aceptado el acuerdo propuesto por el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) que garantiza su inmunidad, no termina de despejar la situación, ni siquiera con el relevo presidencial por su anterior vicepresidente, Abed Rabbo Mansur Hadi. El riesgo de guerra civil sigue estando presente. Junto a las líneas de su división tribal, la situación se hace más compleja por la existencia de reductos de al-Qaeda u organizaciones afines en el país. En Bahreín la contestación política fue aplastada tras la intervención de Arabia Saudí y de los Emiratos Árabes. Presumiblemente,

las consideraciones geoestratégicas primaron sobre el discurso político sostenido por las cancillerías occidentales. De hecho, bajo un rostro humanitario, la intervención de la OTAN en Libia reiteraba la importancia geoestratégica y económica de la región. Así quedaba abierta una incierta transición, que deberá limar las explosivas contradicciones existentes en el seno del Consejo Nacional Transitorio. Por último, en Siria continua la sangrienta represión del régimen sobre la oposición de su ciudadanía, que no cesa en sus movilizaciones a pesar de su enorme sacrificio y coste en vidas humanas. Aunque se han registrado importantes deserciones en sus filas, el ejército sirio no termina de dividirse ni de retirarle el apoyo al presidente Bashar al-Assad⁶⁰.

Con menor visibilidad mediática, otros países han respondido con medidas complementarias a la represión para neutralizar la contestación política, ya fuera adoptando reformas o bien acomodándose a algunas demandas. De ahí la clasificación propuesta por Gutiérrez de Terán y Álvarez-Ossorio, de “régimenes reformistas” (Marruecos y Jordania), “acomodaticios” (monarquías y emiratos del Golfo) y “disfuncionales” (Irak, Sudán, Líbano y, por su pasado, Argelia). Estos últimos serían la excepción a la oleada de protesta y contestación política que recorre la región, al estar atrapados en “un clima de enfrentamiento bélico o de tensiones sociales, regionales y confesionales”⁶¹.

Un interrogante que queda abierto es ¿a qué se debe la mayor fortaleza presentada por las monarquías frente a las repúblicas? Aunque, en opinión de algunos autores, aquéllas parecen gozar de mayor legitimidad, lo cierto es

⁶⁰ Para un análisis de lo que ha sido el primer año de la primavera árabe en los citados países, véase la obra colectiva editada por I. Gutiérrez de Terán e I. Álvarez-Ossorio, Informe sobre las revueltas árabes, Madrid, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2011.

⁶¹ *Ibidem*, pp. 21-24.

que también muestran serias debilidades. De momento, la oposición ciudadana pide su reforma no su caída. Esto es, su transformación en una monarquía constitucional o parlamentaria, en la que el rey reine, pero no gobierne. En teoría, los monarcas parten de una situación ventajosa para renunciar a su poder político y conservar su prestigio y riqueza. Sin embargo, las reformas realizadas en esa dirección son muy limitadas e insuficientes en unos casos (Marruecos), e inexistentes en la mayoría. Al desaprovechar la oportunidad ofrecida por la coyuntura actual para renovar su legitimidad, las monarquías corren el riesgo de que en el futuro la contestación política no se limite a exigir su reforma, sino también su caída⁶².

En efecto, con la excepción de Bahréin, los Estados más afectados por los cambios (Túnez, Egipto, Libia, Yemen y Siria) son repúblicas y es de temer que si no estuvieran en la mencionada situación “disfuncional” (Irak, Sudán, Líbano y, en cierto modo, Argelia), algunas repúblicas más se hubieran sumado a esta oleada. De hecho, el candidato más previsible era Argelia, donde los primeros conatos de revuelta no lograron ser secundados por una mayoría significativa de su ciudadanía, dada la pesada losa que supone su pasada guerra civil. Con la mencionada excepción de Bahréin y el sultanato de Omán, en los emiratos y monarquías del Golfo no se han registrado movimientos de protesta generalizados. Su configuración social y demográfica explicaría de algún modo esa ausencia, unido a su vital importancia geoestratégica y económica. Son países con ingentes recursos y una población escasa, que ha sido objeto de cooptación por sus Estados rentistas. Buena parte de sus empleados trabaja en el sector público o tienen algún tipo de vinculación desde el minoritario sector privado de su economía. Paralelamente, existe una importante población extranjera (árabe y no

⁶² M. Ottaway y M. Muasher, “Arab Monarchies: Chance for Reform, Yet Unmet”, *The Carnegie Papers*, Carnegie Endowment for International Peace, Diciembre 2011, http://carnegieendowment.org/files/arab_monarchies1.pdf, (diciembre 2011).

árabe), que ocupa el sector de la clase trabajadora o asalariada, pero carece de derechos. Sin olvidar las minorías confesionales, chií, que han protagonizado algunas protestas, duramente reprimidas. En ese contexto, las medidas económicas adoptadas pretenden neutralizar o eludir las movilizaciones. Sin embargo, es de temer que éstas no sean del todo suficientes, pues también persiste el descontento político como se ha manifestado en diferentes países y ocasiones.

En contraposición a este panorama, las otras dos monarquías que han registrado protestas de cierto calado son las de Marruecos y Jordania, que fueron invitadas a incorporarse al CCG, como expresión de la fortaleza y alianza de las monarquías. A diferencia de las del Golfo, ambas carecen de recursos energéticos significativos y cuentan con una importante población, que no puede asumir económica y laboralmente el sector público. A su vez, en el terreno político poseen una trayectoria más aperturista (en particular Marruecos), ausente en los petro-Estados del Golfo. De hecho, ese bagaje implica en el caso marroquí que una parte de la oposición participara en las instituciones y estuviera más alejada de los movimientos y manifestaciones de protesta. En comparación con otras monarquías, Marruecos es la que más ha avanzado en su reforma política. Si bien desde el punto de vista de los críticos y de las exigencias democratizadoras ésta resulta insuficiente, lo cierto es que ha logrado neutralizar de momento las manifestaciones de protesta y dividir a la oposición (el movimiento islamista Justicia y Espiritualidad rompió con el Movimiento 20 de Febrero el pasado mes de diciembre, después de que ganara su homólogo islamista, el Partido Justicia y Desarrollo, las elecciones de noviembre).

Por su parte, Jordania parecía seguir una senda semejante, pero todavía no ha dado ningún paso significativo en esa dirección. Junto al descontento socioeconómico y político generalizado en toda la región, el caso jor-

dano presenta la peculiaridad de las lealtades tribales y nacionales. El reino fue construido sobre una base social tribal, que se vio social y demográficamente alterada por la llegada de refugiados y desplazados palestinos. El desmantelamiento gradual del sector público, con su correspondiente privatización, ha terminado afectando al conjunto de la población, en particular a los jordanos de origen empleados mayoritariamente en la administración pública. Las desigualdades socioeconómicas se han incrementado, al igual que las existentes entre las zonas rurales y urbanas. Las expresiones populares de descontento se manifiestan desde reproches al estilo de vida de la familia real hasta el resentimiento hacia la población de origen palestino o el temor a que un arreglo regional de la *cuestión palestina* se realice a expensas de Jordania y su población indígena⁶³.

El proceso de transición iniciado será también una etapa igualmente llena de dificultades e incertidumbres, donde nada está escrito, incluso la decepción y la frustración. Es muy probable que las expectativas sociales depositadas en la denominada *primavera árabe* sean mayores que el propio alcance de los cambios. A su vez, la decepción política producirá en unos casos una retirada del espacio público para replegarse al ámbito privado, familiar e individual; y en otros casos originará una enorme frustración, provocando nuevas oleadas de protesta y contestación política. En una perspectiva a muy largo plazo, será más fácil advertir cierto grado de evolución de los sistemas políticos árabes, con su correspondiente apertura, reforma e incluso democratización que la transformación de sus sistemas productivos y estructuras sociales. No obstante, si los cambios no tienen ningún impacto significativo en la mejora de las condiciones materiales de vida de los sectores más vulnerables y desprotegidos, es previsible que el proceso de cam-

⁶³ Véase N. Pelham, "Jordan Starts to Shake", *New York Review of Books*, 8 de diciembre de 2011, <http://www.nybooks.com/articles/archives/2011/dec/08/jordan-starts-shake/?pagination=false>, (diciembre, 2011).

bio y democratización se desprestigie y se retroalimenten las opciones populistas, ya sean nacionalistas o islamistas.

Independientemente de su alcance, las revueltas inician un nuevo capítulo en la historia del mundo árabe. Sólo se asiste a sus comienzos. El mito de su excepcionalidad ha quedado invalidado. Sus hombres y mujeres han expresado su deseo de refundar el Estado árabe sobre la base del derecho y las reglas del juego democrático. El orden del Estado árabe poscolonial se ha agotado. Previsiblemente, los cambios internos terminarán afectando —a medio y largo plazo— a su orden regional o, igualmente, al sub-sistema internacional árabe. ■

Bibliografía

- ABU DHABI GALLUP CENTER, “Egypt: The Arithmetic of Revolution”, <http://www.abudhabigallupcenter.com/146888/BRIEF-Egypt-Arithmetic-Revolution.aspx>, (marzo 2011).
- AL ASWANI, A., *El Edificio Yacobián*, Madrid, Maeva, 2007.
- ÁLVAREZ-OSSORIO, I., “Las revoluciones árabes: hacia un cambio de paradigma”, en M. MESA (coord.), *El mundo a la deriva: crisis y pugnas de poder, Anuario 2011-2012*, Barcelona, Icaria-CEIPAZ- Fundación Cultura de Paz, 2010, pp. 105-119.
- AMÍN, S., *¿Primavera Árabe? El mundo árabe en la larga duración*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011.
- AMIRAH FERNÁNDEZ, H., “Religiosidad, sexualidad, oportunidades y percepciones”, *Culturas. Revista de análisis y debate sobre Oriente Próximo y el Mediterráneo*, n.º. 2, 2008, pp. 4-12.
- ANDERSON, P., “Sobre la concatenación en el mundo árabe”, *New Left Review*, n.º 68, 2011, pp. 5-14.
- ARENDT, H., *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- AYUBI, N. N., *Política y sociedad en Oriente Próximo. La hipertrofia del estado árabe*, Barcelona, Bellaterra, 2000.
- BARANY, Z., “The Role of the Military”, *Journal of Democracy*, vol. 22, n.º 4, 2011, pp. 28-39.
- BARREÑADA BAJO, I., “El papel de los sindicatos en la revoluciones árabes”, *Noticias Obreras*, n.º 1.525, 2011, pp. 19-26.
- BARREÑADA BAJO, I., “Las revoluciones árabes, la cuestión de la justicia social y los sindicatos”, *Anuario 2011*, Madrid, Fundación Primero de Mayo, 2011, pp. 261-277.
- BAYAT, A., “Egypt, and the post-Islamic Middle East”, *OpenDemocracy*, 2 de febrero de 2011, <http://www.opendemocracy.net/asef-bayat/egypt-and-post-islamist-middle-east>, (febrero 2011).
- BAYAT, A., “The Coming of a Post-Islamic Society”, *Critique: Critical Middle East*

- Studies*, n.º 9, 1996, pp. 43-52.
- BESSIS, S. y G. MARTÍN MUÑOZ (coords.), *Mujer y familia en las sociedades árabes actuales*, Barcelona, Bellaterra, 2010.
- CASA ÁRABE-IEAM, "Siria: el régimen ante el desafío de la revolución", *Atalaya sociopolítica de Casa Árabe*, n.º 15, 2011, pp. 1-5.
- CASCANTE, K., "El hambre, la crisis financiera y la crisis mundial de alimentos", en M. MESA (coord.), *Balance de una década de paz y conflictos: tensiones y retos en el sistema internacional*, Barcelona, Icaria-CEIPAZ-Fundación Cultura de Paz, 2011, pp. 85-103.
- CUMSILLE, K., "La huella de la Intifada. Reflexiones sobre una sublevación en curso", *Actual Marx Intervenciones*, n.º 11, 2011, pp. 105-118.
- COURBAGE, Y. y E. TODD, *Encuentro de civilizaciones*, Madrid, Foca, 2009.
- DIAMINT, R. y B. MIKAIL, "Militares, civiles y democracia en el mundo árabe", *Policy Brief*, n.º 70, 2011, [http://www.fundacioncarolina.es/es-ES/areacomunicacion/noticias/cealci/Documents/PB%20ESP%2070+MENA\[1\].pdf](http://www.fundacioncarolina.es/es-ES/areacomunicacion/noticias/cealci/Documents/PB%20ESP%2070+MENA[1].pdf), (diciembre 2011).
- ECHEVERRÍA JESÚS, C., "El papel de las Fuerzas Armadas sirias en el marco de las revueltas", *Real Instituto Elcano, ARI*, 102/2011, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/555cca804717cf83b81abe00526b8882/ARI_102-2011_Echeverria_fuerzas_armadas_sirias_revueltas.pdf?MOD=AJPERES&CACHEID=555cca804717cf83b81abe00526b8882, (julio 2011).
- FILIU, J. P., *The Arab Revolution: Ten Lessons from the Democratic Uprising*, London, Hurst, 2011, pp. 31-35.
- GUTIÉRREZ DE TERÁN, I. e I. ÁLVAREZ-OSSORIO, *Informe sobre las revueltas árabes*, Madrid, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2011.
- HOWARD, P. N., "The Arab Spring's Cascading Effects", 23 de febrero de 2011, <http://www.miller-mccune.com/politics/the-cascading-effects-of-the-arab-spring-28575/>, (febrero 2011).
- HOWARD, P. N., *The Digital Origins of Dictatorship and Democracy. Information Technology and Political Islam*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

- HUSSEIN, M., *Vertiente Sur de la libertad: ensayo sobre la emergencia del individuo en el Tercer Mundo*, Barcelona, Icaria, 1998.
- INTERNATIONAL CRISIS GROUP, “Popular Protest in North Africa and the Middle East (I): Egypt Victorious?”, *Middle East/North Africa Report*, n.º 101, 2011, pp. 15-17, <http://www.crisisgroup.org/~-/media/Files/Middle%20East%20North%20Africa/North%20Africa/Egypt/101%20Popular%20Protest%20in%20North%20Africa%20and%20the%20Middle%20East%20I%20-%20Egypt%20Victorious.ashx>, (febrero 2011).
- IZQUIERDO BRICHS, F. (ed.), *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*, Barcelona, CIDOB, 2009.
- KASSIR, S., *La desgracia de ser árabe*, Córdoba, Almuzara, 2006.
- KEGLEY Jr., C. W. y E. R. WITTKOPF, *World Politics: Trend and Transformation*, Boston, Bedford/St. Martin's, 2001 (8ª ed.).
- KHADER, B., *El Mundo Árabe explicado a Europa. Historia, imaginario, cultura, política, economía, geopolítica*, Barcelona, Icaria & IEMed, 2010.
- LAMLOUM, O., *Al-Jazira, espejo rebelde y ambiguo del mundo árabe*, Barcelona, Editorial Hacer, 2006.
- LAMPRIIDI, A., “Hosni Mubarak, la lenta caída de un hombre fuerte”, *Análisis del observatorio electoral TEIM*, http://www.observatorioelectoral.es/ImgBase/AEEgipto_2011_Mubarak_lenta_caída_de_un_hombre_fuerte.pdf, (marzo 2011).
- LÓPEZ, B., Marruecos: *La relativización del triunfo islamista y las perspectivas de gobierno de Benkiran*, Observatorio Político y Electoral del Mundo Árabe y Musulmán, 22/12/2011, http://www.observatorioelectoral.es/ImgBase/AE-Marruecos_2011_Relavitizacion_del_triufo_islamista.pdf, (diciembre 2011).
- MANRIQUE, M. y B. MIJAIL, “El papel de los nuevos medios de comunicación y las tecnologías de la comunicación en las transiciones árabes”, *Policy Brief*, n.º 69, 2011, p. 2, <http://www.fride.org/publicacion/965/el-papel-de-los-medios-y-las-nuevas-tecnologias-en-las-transiciones-arabes>, (diciembre 2011).
- MARTÍN MUÑOZ, G., *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación*

- islamista*, Barcelona, Bellaterra, 1999.
- MARTÍN, J., *Los Hermanos Musulmanes*, Madrid, La Catarata, 2011, p. 119.
- MARZOUKI, N., “Tunisia’s Wall Has Fallen”, *Middle East Research and Information Project*, 19 de enero de 2011, <http://www.merip.org/mero/mero011911>, (enero 2011).
- MÉNORET, P., *Arabia Saudí: el reino de las ficciones*, Barcelona, Bellaterra, 2004.
- NAÏR, S., *La lección tunecina. Cómo la revolución de la dignidad ha derrocado al poder mafioso*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2011.
- NYE, J. S., *La paradoja del poder norteamericano*, Madrid, Taurus, 2003.
- OLSON, M., *The logic of collective action*, Harvard, Cambridge University Press, 1971 (2ª ed.).
- OTTAWAY, M. y M. Muasher, “Arab Monarchies: Chance for Reform, Yet Unmet”, *The Carnegie Papers*, Carnegie Endowment for International Peace, diciembre 2011, http://carnegieendowment.org/files/arab_monarchies1.pdf, (diciembre 2011).
- PARAMIO, L., “La revolución como problema teórico”, *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, n.º 7, 1990, pp. 151-174.
- PELHAM, N., “Jordan Starts to Shake”, *New York Review of Books*, 8 de diciembre de 2011, <http://www.nybooks.com/articles/archives/2011/dec/08/jordan-starts-shake/?pagination=false>, (diciembre, 2011).
- PERKINS, K. J., *Historia del Túnez moderno*, Madrid, Akal, 2010.
- PNUD, *Arab Human Development Report 2002. Creating Opportunities for Future Generations*, New York, United Nations Development Program, 2002.
- REPORTEROS SIN FRONTERAS, *Los medios de comunicación, testigos claves de las revoluciones y de los retos del poder*, noviembre de 2011, <http://www.rsf-es.org/news/informes-balance-de-las-rebeliones-arabes-diciembre-de-2011/>, (noviembre 2011).
- ROGAN, E., *Los árabes. Del Imperio otomano a la actualidad*, Barcelona, Crítica, 2010 (1ª ed.).
- SAID, E. W., “Intifada and Independence”, en Z. LOCKMAN and J. BEININ (eds.),

- Intifada: The Palestinian Uprising against Israeli Occupation*, London, I. B. Tauris, 1990, pp. 5-22.
- SMELSER, N. J., *Teoría del comportamiento colectivo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- SPRINGBORG, R., “El poder militar en Egipto”, *Vanguardia Dossier*, n.º 39, 2011, pp. 22-28.
- STRATFORD, “Yemen in Crisis: A Special Report”, <http://www.stratfor.com/analysis/20110318-yemen-crisis-special-report>, (marzo 2011).

La oleada de protestas que recorre el mundo árabe desde hace algo más de un año responde a un inicial efecto de contagio de la revuelta tunecina. En opinión del profesor Abu Tarbush, esta concatenación de las revueltas políticas en la mayoría de los países del Magreb, Oriente Próximo y, parcialmente, del Golfo encuentra su mejor explicación en las causas estructurales compartidas por los Estados y sociedades árabes. Una vez rebasado el umbral del miedo, la situación se ha vuelto irreversible en lo que, sin duda alguna, es un nuevo ciclo político en la historia poscolonial árabe. Este proceso de cambio marcará durante las próximas décadas el orden político —interno y externo— de la región. En este nuevo número de la Colección de Estudios Internacionales, lleva a cabo un análisis de sus causas profundas, de su naturaleza sociopolítica y de sus principales protagonistas, así como del alcance de los cambios propiciados.

José Abu-Tarbush es profesor titular de Sociología de la Universidad de La Laguna, donde imparte Sociología de las Relaciones Internacionales. Su principal línea de trabajo se ha centrado en el conflicto israelo-palestino y el mundo árabe. Es autor de diferentes libros sobre las cuestiones palestinas e islámicas, y ha participado en numerosas obras colectivas. Entre las más recientes se encuentran *Crisis y cambio en la sociedad global. Anuario 2009-2010* (2009) y *Paz, migraciones y libre determinación de los pueblos* (2012).